

Lo habría conseguido a no evitarlo el carcelero, que acudió a los primeros gritos y cogió a Missirilli.

—Toma, monstruo; no quiero deberte nada—dijo Missirilli a Vanina, arrojándole, en cuanto sus cadenas se lo permitían, las limas y los diamantes. Y se alejó rápidamente.

Vanina quedó anonadada. Volvió a Roma; y el periódico anuncia que se ha casado con el príncipe don Livio Savelli.

FIN DE VANINA VANINI

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. N. L.
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Apto. 1025 MONTERREY, N. L.

LA DUQUESA DE PALLIANO

POR

STENDHAL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. N. L.
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Apto. 1025 MONTERREY, N. L.

Juan Pedro Carafa, aunque descendiente de una de las más nobles familias del reino de Nápoles, se comportó a veces de una manera áspera, ruda y violenta, digna por completo de un carretero.

Cuando vistió la sotana se marchó muy joven a Roma, en donde fué protegido por su primo Oliverio Carafa, cardenal y arzobispo de Nápoles. Alejandro VI, ese gran hombre que lo sabía y lo podía todo, le hizo su *cameriere*, que viene a ser como el ayudante de un general. Julio II le nombró arzobispo de Chieti; el Papa Pablo le hizo cardenal, y, por último, el 23 de mayo de 1555, fué nombrado Papa, a la edad de setenta y ocho años, bajo el nombre de Pablo IV, y después de terribles conjuraciones y disputas entre los cardenales reunidos en cónclave. Los mismos que acababan de llevarle al trono de San Pedro se echaron bien pronto a temblar al pensar en la dureza y en la piedad feroz e inexorable del amo que acababan de buscarse.

La nueva de este inesperado nombramiento causó enorme sensación en Nápoles y en Palermo. En pocos días vió Roma llegar a un gran número de miembros de la ilustre familia de Carafa, todos los cuales obtuvieron puestos; pero el Papa distinguió especialmente, como era natural, a sus tres sobrinos, hijos de su hermano el conde de Montorio.

El primogénito, don Juan, ya casado, fué hecho duque de Palliano. Este título, quitado a Marco Antonio

Colonna, a quien pertenecía, llevaba consigo la propiedad de un gran número de villas y aldeas. El segundo de los sobrinos de Su Santidad, don Carlos, que era caballero de Malta y había guerreado, fué nombrado cardenal-legado de Bolonia y primer ministro. Era un hombre lleno de resolución, fiel a las tradiciones de su familia y que osó odiar al rey más poderoso del mundo, Felipe II, rey de España y de las Indias, a quien dió pruebas de su odio. En cuanto al tercer sobrino del nuevo Papa, don Antonio Carafa, como era casado, el Papa le dió el título de marqués de Montebello. Por último, a una hija que su hermano había tenido en un segundo matrimonio, trató el Papa de casarla con Francisco, delfín de Francia e hijo del rey Enrique II. Pablo IV quería darle como dote el reino de Nápoles, pensando arrebatarlo a Felipe II, rey de España. La familia Carafa odiaba a este poderoso rey, el cual, ayudado por las faltas de esta familia, consiguió exterminarla, como se verá más adelante.

Desde que había subido a la silla de San Pedro, el más poderoso trono del mundo, que en esta época eclipsaba hasta al ilustre monarca de todas las Españas, Pablo IV dió, como la mayor parte de sus sucesores, el ejemplo de todas las virtudes. Fué un gran Papa y un gran santo, y se dedicaba a combatir los abusos en la Iglesia, alejando por este medio la celebración de un concilio general, que de todas partes se pedía a la corte de Roma y al que una sabia política no debía acceder.

Signiando las costumbres de aquel tiempo, demasiado olvidado del nuestro, y que no permitían a un soberano que depositase su confianza en personas que podían tener intereses diferentes al suyo, los Estados de Su Santidad estaban gobernados despóticamente por sus tres sobrinos. El cardenal era el primer ministro y

era depositario de la absoluta confianza de su tío; el duque de Palliano fué nombrado general de los ejércitos de la Santa Iglesia, y el marqués de Montebello, capitán de las guardias palaciegas, no dejaba entrar en palacio sino a las personas que estimaba conveniente. No tardaron estos jóvenes en cometer los mayores excesos, comenzando por apropiarse los bienes de las familias que militaban en el partido contrario. Los pueblos no sabían a quién dirigirse para pedir justicia, pues no sólo tenían que temer por sus bienes, sino también —y era terrible que ocurriese esto en la patria de la casta Lucrecia!— por el honor de sus mujeres y de sus hijas. El duque de Palliano y sus hermanos raptaban a las más bellas mujeres si tenían la desgracia de ser de su agrado. Se vió con estupor que no tenían el menor miramiento a la nobleza de la sangre y que ni aun respetaron el sagrado retiro de los santos monasterios. Reducidos los pueblos a la desesperación, no sabían a quién elevar sus quejas; tal era el terror que a todos los que se acercaban al Papa inspiraban los tres hermanos, que se permitían insolentarse hasta con los mismos embajadores.

Antes de la elevación de su tío a la silla de San Pedro, el duque se había casado con doña Violante de Cardona, perteneciente a una familia de origen español y que pertenecía a la primera nobleza de Nápoles (al *Seggio di nido*).

Violante, famosa por su extraordinaria belleza y por los encantos que sabía tener cuando quería agradar, lo era aún más por su insensato orgullo. Pero hay que ser justo: hubiera sido difícil tener un talento más elevado, y ella lo demostró bien al mundo no declarando nada, antes de morir, al hermano capuchino que la confesó. Sabía de memoria, y recitaba con una gracia infinita, el admirable *Orlando* de *messer* Ariosto, la mayor parte

de los sonetos del divino Petrarca, los cuentos del *Pecorone*, etc. Pero todavía era más seductora cuando se dignaba distraer a sus amigos con las ideas originales que le sugería su talento.

Tuvo un hijo que se llamó el duque de Cari. Su hermano don Ferrando, conde de Aliffe, fué a Roma atraído por la alta posición de sus cuñados.

El duque de Palliano sostenía su corte con gran esplendor; los jóvenes de las primeras familias de Nápoles solicitaban con empeño e intrigas el honor de pertenecer a ella. Entre los que él más estimaba, Roma señaló con su admiración a Marcelo Capece (del *Seggio di nido*), joven caballeroso y célebre en Nápoles por su talento, no menos que por la belleza divina que había recibido del cielo.

La duquesa tenía por favorita a Diana Brancaccio, que contaba por entonces treinta años, cercana parienta de la marquesa de Montebello, su cuñada. Decíase en Roma que para esta favorita, la duquesa no tenía orgullo y que le confiaba todos sus secretos. Pero esos secretos no se relacionaban más que con la política, pues si la duquesa provocaba pasiones, no compartía ninguna.

Por consejo del cardenal Carafa, el Papa hizo la guerra al rey de España, y el rey de Francia envió en socorro del Papa un ejército mandado por el duque de Guisa.

Pero debemos atenernos a los acontecimientos interiores de la corte del duque de Palliano.

Capece estaba hacía algún tiempo como loco; se le veía hacer las cosas más extrañas; el caso es que el pobre joven se había enamorado apasionadamente de la duquesa, su señora, pero no se atrevía a declararse a ella. Sin embargo, no desesperaba de alcanzar su objeto viendo a la duquesa profundamente irritada contra

un marido que no se cuidaba de ella. El duque de Palliano era todopoderoso en Roma, y la duquesa sabía, sin la menor duda, que casi todos los días las damas romanas más famosas por su hermosura venían a ver a su marido en su propio palacio, y era esa una afrenta a la que no podía acostumbrarse.

Entre los capellanes del Santo Papa Pablo IV había un respetable religioso con el que el Papa recitaba su breviario. Este personaje, a riesgo de perderse y empujado quizás por el embajador de España, se atrevió un día a descubrir al Papa todos los crímenes de sus sobrinos. El Santo Pontífice se puso malo de pena y quiso dudar de lo que se le decía, pero pruebas abrumadoras llegaban de todos lados. El primer día del año 1559 ocurrió un acontecimiento que confirmó todas las sospechas del Papa y quizás decidió a Su Santidad a tomar una resolución. Fué que el mismo día de la Circuncisión de Nuestro Señor (circunstancia que agravó mucho la falta a los ojos de un soberano tan piadoso) Andrés Lanfranchi, secretario del duque de Palliano, ofreció una magnífica cena al cardenal Carafa y no queriendo que faltase, además de la excitación de la gula, la de la lujuria, hizo venir a esta cena a la *Martuccia*, una de las cortesananas más bellas, más famosas y más ricas de la noble ciudad de Roma.

Quiso la fatalidad que Capece, el favorito del duque y aquel que en secreto amaba a la duquesa, y que pasaba por ser el hombre más guapo de la capital del mundo, mantuviese relaciones desde hacía algún tiempo con la *Martuccia*. Aquella noche la buscó en todos los sitios donde podía esperar encontrarla, y no encontrándola en ninguna parte y habiéndose enterado de que había una cena en la casa Lanfranchi, sospechó lo que pasaba, y hacia la media noche se presentó en casa de Lanfranchi, acompañado de muchos hombres armados.

Le fué abierta la puerta y le invitaron a sentarse y a tomar parte en el festín; pero tras algunas palabras algo violentas, hizo señas a la *Martuccia* para que se levantara y saliera con él. Mientras ella dudaba, avergonzada, confusa y previendo lo que iba a ocurrir, Capece se levantó del sitio donde estaba sentado y, acercándose a la joven, la cogió de la mano, tratando de arrastrarla con él. El cardenal, en cuyo honor había venido ella, se opuso vivamente a su marcha, y Capece insistió, esforzándose en sacarla de la sala.

El cardenal primer ministro, que aquella noche había vestido un traje completamente distinto del que correspondía a su alta dignidad, desvainó la espada y se opuso, con el vigor y el coraje que conocía Roma entera, a la marcha de la muchacha. Marcelo, ebrio de cólera, hizo entrar a su gente; pero la mayoría eran napolitanos, y cuando reconocieron al secretario del duque, y luego al cardenal, a quien en el primer momento no habían conocido a causa de su extraño traje, envararon las espadas, no quisieron batirse y se interpusieron para apaciguar la disputa.

Mientras duró este tumulto, *Martuccia*, que estaba rodeada, y a quien Marcelo Capece tenía sujeta por la mano izquierda, fué lo bastante hábil para escaparse, y en cuanto Marcelo se dió cuenta de su ausencia corrió tras ella, y toda su gente salió tras él.

Pero la obscuridad de la noche permitió que se inventasen las historias más extrañas, y en la mañana del 2 de enero la capital se inundó de noticias del peligroso combate que había tenido lugar, decíase, entre el cardenal y Marcelo Capece. El duque de Palliano, general en jefe del ejército de la Iglesia, creyó que la cosa era mucho más grave de lo que había sido, y como no se llevaba muy bien con su hermano el ministro, hizo detener aquella misma noche a Lanfranchi, y a la maña-

na siguiente, muy temprano, el propio Marcelo fué encarcelado. Luego se dieron cuenta de que nadie había perdido la vida, y de que estos encarcelamientos no hacían más que aumentar el escándalo, que recaía por entero sobre el cardenal, y se apresuraron a poner en libertad a los prisioneros, y el inmenso poderío de los tres hermanos se reunió para tratar de ahogar el asunto. Al principio esperaron conseguirlo; pero al tercer día llegó el cuento a oídos del Papa, que hizo llamar a sus dos sobrinos, y les habló como podía hacerlo un príncipe tan piadoso y tan profundamente ofendido como él.

El día 5 de enero se reunía un gran número de cardenales en la Congregación del Santo Oficio, y el Santo Padre habló el primero de este horrible asunto, preguntando a los cardenales presentes cómo habían osado no darle conocimiento de él.

— ¡Os calláis a pesar de que el escándalo afecta a la sublime dignidad de que estáis revestidos! El cardenal Carafa se ha atrevido a salir a la vía pública vistiendo un traje seglar y con la espada desnuda en la mano. ¿Y con qué fin? ¡Para coger a una infame cortesana!

Puede imaginarse el silencio de muerte que reinó entre todos los cortesanos durante esta reprimenda contra el primer ministro. Era un anciano de ochenta años que se enfadaba contra un sobrino querido, dueño hasta entonces de toda su voluntad. En su indignación, el Papa habló de quitar el capelo a su sobrino.

La cólera del Papa fué mantenida por el embajador del gran duque de Toscana, que fué a quejarse de una insolencia reciente del cardenal primer ministro. Este cardenal, antes tan poderoso, se presentó en las habitaciones de Su Santidad para hacer su trabajo acostumbrado, y el Papa le hizo esperar cuatro largas horas en la antecámara, a la vista de todo el mundo, y le despidió luego sin querer admitirle en audiencia. Cabe presumir

lo que tendría que sufrir el orgullo ilimitado del ministro. El cardenal estaba irritado, pero no vencido, y pensaba que un viejo abrumado por la edad, dominado toda su vida por el amor a su familia, y que finalmente estaba poco acostumbrado a despachar los asuntos temporales, se vería obligado a recurrir a su actividad. La virtud del Santo Papa prevaleció; convocó a los cardenales, y después de mirarlos largo rato sin hablar, rompió en lágrimas y no dudó en pedir públicamente perdón por su culpa.

— La flaqueza de la edad — les dijo — y los cuidados que pongo en las cosas de la religión, en las cuales, como sabéis, pretendo destruir todos los abusos, me han llevado a confiar mi autoridad temporal a mis tres sobrinos; pero han abusado de ella y los arrojé de aquí para siempre.

A continuación se leyó un buleto por el cual los sobrinos eran despojados de todas sus dignidades y desterrados a miserables pueblos. El cardenal primer ministro fué desterrado a Civita Lavinia, el duque de Palliano a Soriano, y el marqués a Montebello. Por este buleto, el duque se encontraba despojado de sus gajes regulares, que se elevaban a setenta y dos mil piastras (más de un millón de 1838).

No era posible desobedecer estas severas órdenes, pues los Carafa tenían por enemigos y vigilantes a todo el pueblo de Roma, que les detestaba.

El duque de Palliano, acompañado del conde de Aliffe, su cuñado, y de Leonardo del Cardine, fué a establecerse en la aldeíta de Soriano; mientras que la duquesa y su suegra fueron a vivir a Gallese, miserable aldea a dos leguas cortas de Soriano.

Esas localidades son encantadoras; pero se trataba de un destierro y estaban expulsados de Roma, donde antes reinaban insolentemente.

Marcelo Capece había seguido a su señora, con los otros cortesanos, al pobre pueblo donde estaba desterrada. En lugar de los homenajes de Roma entera, esta mujer, tan poderosa sólo hacía unos días, y que gozaba de su rango con todo el ardor del orgullo, no se veía rodeada más que de simples aldeanos, cuyo mismo asombro le recordaba más su caída. No tenía ningún consuelo; su tío era tan anciano que probablemente la muerte le sorprendería antes de tener tiempo para volver a llamar a sus sobrinos, y para colmo de desdichas los tres hermanos se aborrecían entre sí. Se llegó hasta decir que el duque y el marqués, que no participaban de las fogosas pasiones del cardenal, asustados por sus excesos, habían llegado hasta a denunciárselos al Papa, su tío.

En medio del horror de esta profunda desgracia, aconteció una cosa que, para desdicha de la duquesa y del mismo Capece, mostró bien que no había sido una pasión verdadera la que en Roma había arrastrado a Marcelo tras los pasos de la *Martuccia*.

Un día que la duquesa le había hecho llamar para darle una orden se encontró solo con ella, cosa que no ocurría quizás dos veces en todo un año. Cuando vió que no había nadie en el salón donde recibía la duquesa, Capece permaneció inmóvil y silencioso. Fué a la puerta para ver si había alguien que pudiera escucharles en la antecámara vecina, y luego atrevióse a hablar de este modo:

— Señora: no os turbéis ni encolericéis por las extrañas palabras que voy a tener la temeridad de pronunciar. Desde hace tiempo os amo más que a la vida. Si con demasiada imprudencia me he atrevido a mirar como amante vuestra divina belleza, no debéis culparme de ello, sino a la fuerza sobrenatural que me empuja y me conmueve. Me abraso; mi vida es un suplicio,

y no pido consuelo para la llama que me devora, sino sólo que vuestra generosidad se apiade de un servidor atemorizado y lleno de humildad.

La duquesa pareció más irritada que sorprendida, y dijo:

—Pero ¿qué has visto tú en mí, Marcelo, para que te atrevas a requerirme de amores? ¿Acaso mi vida o mi conversación han rebasado los límites de la decencia, para que te creas autorizado a tal insolencia? ¿Cómo has tenido el valor de pensar que pudiese entregarme a ti o a cualquier otro hombre que no fuese mi marido y señor? Te perdono todo lo que me has dicho porque te considero como un loco; pero cuida de no caer de nuevo en semejante torpeza, o te juro hacerte castigar a la vez por la primera y por la segunda insolencia.

Alejóse la duquesa remontada en cólera, pues, en realidad, Capecce había faltado a las leyes de la más elemental prudencia; no había que decir nada, sino dejar adivinar. Marcelo quedó confuso, y con gran temor de que la duquesa contase a su esposo lo ocurrido.

Pero las consecuencias fueron muy distintas de las que esperaba.

En la soledad de aquella aldea, la altiva duquesa de Palliano no pudo por menos de confiar a Diana Brancaccio, su dama de honor favorita, la atrevida declaración de amor. Era Diana mujer de unos treinta años, presa de las más ardientes pasiones. Tenía los cabellos rojos (el historiador insiste a menudo en este detalle, que explica, a su juicio, todas las locuras de Diana Brancaccio). Amaba con frenesí a Domiciano Fornari, gentilhomme al servicio del marqués de Montebello, y deseaba hacerle su esposo; pero ¿consentirían jamás el marqués y su mujer, con cuyo parentesco se honraba Diana, que contrajese ésta matrimonio con un hombre que estaba al

servicio de ellos? Este obstáculo parecía insuperable, por lo menos en apariencia.

No quedaba sino una esperanza de éxito: era necesario subir en la estimación del duque de Palliano, hermano mayor del marqués, y Diana creía poder alcanzarlo.

El duque la trataba más bien como parienta que como servidora, pues era un hombre sencillo y de buenos sentimientos, y mucho menos apegado que sus hermanos a las fórmulas de pura etiqueta. Aunque el duque se había aprovechado, como mozo que era, de todas las ventajas que le proporcionaba su alta posición, y nunca se preocupó de guardar fidelidad a su mujer, la amaba, sin embargo, tiernamente, y no podría, al parecer, rehusarle una gracia que con cierta insistencia le pidiese la duquesa.

La atrevida declaración de Capecce a la duquesa pareció a la sombría Diana una dicha inesperada. Su señora había sido hasta entonces de una prudencia desesperante; pero si se entregaba a una pasión o cometía una falta, tendría a cada momento necesidad de Diana, y ésta podía esperarlo todo de una mujer cuyos secretos conociese.

En lugar de hablar primero a la duquesa de lo que a sí misma se debía, y luego de los horribles peligros a que se exponería en medio de una corte tan perspicaz, Diana, arrastrada por el fuego de su pasión, habló a su señora de Marcelo Capecce, como a sí misma se hablaba de Domiciano Fornari. En las largas conversaciones de esta soledad, encontraba medio, todos los días, para recordar a la duquesa los encantos y la belleza de ese pobre Marcelo, que tan triste parecía; como la duquesa, Marcelo pertenecía a las primeras familias de Nápoles, sus maneras eran tan nobles como su sangre, y faltábanle solamente aquellos bienes que un capricho de la fortuna